

## Temeridad

ERNESTO PRIANI SAISÓ

*and all judged the venture insane.  
...Tell me' enquired the Reporter, are you really in earnest?  
...And what are the chances of it falling out of the sky.  
And if it did would you be certain to die?  
And we'll sail into the wide yielding blue, while far  
below receding from view*

Paul Roland, "Wyndam Hill"

*Our utter ignorance of the far future gives us no  
justification for saying that it is even probably right  
to choose the greater good within the region over  
which a probable forecast may extend.*

G. E. Moore, *Principia ethica*

*Bajo otro punto de vista, hay extremos que tienen  
cierta semejanza con el medio.*

*Así la temeridad no deja de parecerse al valor.  
Aristóteles, Ética a Nicómaco*

El día en que emprendieron el viaje, Nils Strindberg tenía 25 años, una libreta en la cual anotar los pormenores de la travesía y una cámara para fotografiar su paso por el Polo Norte. Había sido elegido de entre varias decenas de candidatos por Salomón August Andrée para formar parte de la tripulación del *Örnen* (águila), un globo de veinte metros de diámetro y de más de mil pies cúbicos de capacidad, con el que se proponía atravesar el ártico.

La noche del 10 de julio de 1897 entró y salió varias veces de la canastilla del *Örnen* para llevar y acomodar todo su equipo, incluyendo los nueve cilindros de acero y los siete cilindros de cobre en los que viajarían los rollos de película durante la travesía. Era, por supuesto, el más joven de los tres miembros de la expedición y también el más decidido. Un año antes había participado con Andrée en una primera tentativa que había terminado de manera abrupta en Danskøya.

Igual de activo estaba Knut Fraenkel, el tercero de los tripulantes. Era apenas dos años mayor que él, y se había incorporado en el último momento al grupo, después de que Gustav Ekholm, meteorólogo en la primera expedición, renunciara tras el fracaso del año anterior.

Andrée los miraba ir y venir con un cierto aire de incredulidad. Admiraba la fuerza de su juventud y su manifiesta excitación antes del viaje. En cambio él, que prácticamente les doblaba la edad, pero era el líder y el verdadero artífice de esa empresa, parecía retraído, un poco ausente. Al parecer dudaba.

Los días anteriores habían sido malos. Llevaban ya esperando casi veinte a que hubiera un viento favorable para la partida. Estos días se habían ido sumando con desesperante pereza a los más de mil pasados desde que Andrée conversara, a la salida de una reunión de la Sociedad Sueca de Antropología y Geografía, con A. E. Nordenskiöld.

En ese entonces Nordenskiöld era ya una leyenda de la exploración nórdica; diez años atrás había sido el primero en navegar toda la costa norte de Europa y Asia a bordo de un buque llamado *Vega*. Aquella tarde estaba interesado en conversar sobre la posibilidad de utilizar globos para la exploración del Polo sur. Andrée lo escuchó con una mezcla de admiración y emoción y esperó a que terminaran de discutirlo para proponerle la idea de cruzar el Polo Norte en globo.

—Eso no suena nada mal... continúe trabajando en el plan y cuente conmigo cuando ya tenga algo realmente listo —respondió Nordenskiöld.

Y así iba a ser. Meses después su voz resultaría decisiva para que el proyecto fuera aprobado por la Sociedad y se consiguieran recursos de Alfred Nobel y del propio rey de Suecia para ella. Luego vendría el correr de los días hasta ese momento en que, sobre la plataforma del hangar del *Örnen*, donde

todos se afanaban en terminar los preparativos de la partida, Andrée permanecía retraído.

Es factible pensar que el primer fracaso de la expedición, la renuncia de Ekholm, convencido de lo riesgoso del intento, y los artículos que se habían escrito en todo el mundo sobre la imposibilidad de la empresa, habían ido mermando su ánimo.

En todo caso, el único testimonio que tenemos de su indecisión es una carta escrita por Nils Strindberg a Ana, su novia, fechada el 21 de julio de 1897.

Fue grandioso cuando finalmente se determinó que deberíamos comenzar. Andrée, Fraenkel, yo y Machouron fuimos a la orilla y miramos el globo desde el techo del hangar, después de lo cual discutimos por un momento las posibilidades de iniciar. Andrée nos preguntó qué era lo que pensábamos: "¿Debemos intentarlo o no?" Fraenkel primero contestó evasivamente, pero luego dijo que deberíamos seguir... Yo respondí: "Yo creo que debemos intentarlo". Y Sovedenborg fue de la misma opinión. Andrée estaba serio y no decía nada. Todos fuimos a bordo de nuevo. No sabíamos aún qué es lo que se haría, pero cuando Andrée abordó dijo de una vez a Ehrensvärd: "Bien, hemos considerado si comenzar o no; mis camaradas insisten en comenzar, y yo no tengo absolutamente ninguna razón válida contra ello, de modo que estoy de acuerdo con ellos, no sin cierta renuencia. ¿Podrías mandar todas las manos al embarcadero para comenzar a desmantelar el hangar?"

Sabemos que este recuerdo no se escribió el día de la partida, ni siquiera al día siguiente. Está fechado seis días después del crucial 14 de julio en que el *Örnen* se detiene sobre la superficie helada de un enorme bloque de hielo, en el extremo más al norte de lo que conocemos como Groenlandia. Ése no era un día como cualquier otro. En la entrada correspondiente en el diario de Andrée puede leerse:

21/7 descendimos los trineos. El bote en el mar —extremadamente bueno resultó 4.30 p.m.

Nisse cocinó excelentemente la carne de oso en el "primus".

¿Quieres bañarte, Nisse? ¿Lavarme? No, me lavé el día antes de ayer. Lo que quedó es esa clase de suciedad que se destruye por sí misma.

Sucio, satisfecho con la carne de oso recién preparada por él, Nils, o Nisse como le llama cariñosamente Andrée, toma la pluma para contarle a su novia cómo había sido el día de la partida. Sólo de eso escribe esa noche en que está a punto de comenzar el retorno a casa. Esta circunstancia ayuda a entender cuál puede haber sido la intención de dramatizar su entusiasmo en emprender el viaje, al tiempo que se subraya la reticencia de Andrée para hacerlo. Pues no sólo el hecho de que la carta esté dirigida a Ana explica que Nisse quisiera obtener una buena impresión de él como hombre audaz y decidido, sino el que sepa, al menos parcialmente cuál ha sido hasta entonces el resultado del viaje, ayuda a comprender que haya querido dar a la decisión de partir un tinte heroico. Inexplicablemente optimista, él ha querido ver a Andrée con el aplomo de quien, conociendo de antemano la dificultad de toda la empresa, está dispuesto a luchar contra el destino.

Cada quien encuentra su Rubicón. Y para Nils, Andrée parece estar frente a él en el hangar del *Örnen*. La conducta está llena de metáforas geográficas con las que los hombres creamos fronteras, latitudes y relieves, la topografía toda del comportamiento, sólo para orientarnos en un lugar que no tiene límites ni accidentes, pero que está contenido dentro del territorio de la existencia. Un espacio cuya dimensión es el tiempo y en donde el emplazamiento, las coordenadas precisas del lugar donde estamos, las establece la maquinaria imperfecta del cuerpo y el caprichoso instrumento que es la voluntad.

Pero uno debe andarse con cuidado cuando se transporta hacia esta geografía, porque en ella, como Nils, puedes traicionarte. Es Suetonio quien le atribuye a Julio César el célebre *alea iacta est*, los dados están echados. La



imagen ha sobrevivido al tiempo no sólo por su sonoridad y fuerza plástica, sino por la precisión con que sintetiza la compleja idea del destino sobre la orografía del naciente Imperio Romano.

Al asimilar la suerte en el juego de dados a la fortuna en la vida, Suetonio pone en contacto el problema del azar con el problema del destino: el vuelo de los dados se torna entonces el velo que impide saber a los hombres la forma en que, desde un principio, la partida está resuelta. La tensión entre la existencia anticipada de la fortuna y la imposibilidad de conocerla forman parte esencial de la concepción del héroe trágico. Pero el vuelo de los dados, el cruce de un río o el *Örnen* suspendido en el aire y a merced de los vientos necesitan de un complemento para presentarse realmente como una expresión de la fortuna. Uno al que Nils no puede en realidad aludir. Hablo de los signos y de los prodigios, esas miradas simbólicas sobre los acontecimientos que permiten, tras mucho esfuerzo, adivinar a los mortales la decisión tomada por las Moiras.

Es curioso cómo, a diferencia de la salvación, el destino no puede concebirse sólo como oscuridad. Es más bien lo contrario: la señales están siempre ahí para ser vistas: los días tormentosos, el intento fallido, los presagios del fracaso. Porque la ceguera no puede ser trágica: sólo la visión es destino.

Sin la conciencia, así sea precaria, del final, como la que pone Suetonio en los labios de Julio César, no se construyen los héroes.

Nils no puede ver los signos, porque éstos hace siglos que dejaron de estar ahí. En la anotación inicial de su diario de viaje, Andrée asienta así la partida:

Se dijo adiós a la 1.50 G.T.M.  
Dentro del coche 1.52 G.M.T.  
Comienza 1.55

Ésta no es, por supuesto, la gramática de los prodigios, sino la escritura de los hechos. Y Nils Strindberg no puede ser tampoco ajeno a esto. En su almanaque, apuesta por la brevedad silenciosa de los datos: fechas y acontecimientos.

Julio  
11 D

- 12 L En el globo
- 13 M
- 14 M Aterrizaje
- 16 V
- 17 S Trabajo con los trineos y los botes. Días claros.
- 19 L Primer oso cazado y cortado
- 22 J Comienza el viaje en trineo
- 25 S Cumpleaños de Ana

Ni rastro de los sueños o de los asombros. No hay espacio ahí para la fantasía que abre paso a los mensajes de los dioses. En lugar de signos, sólo lo que acaece. Y además de las palabras que no están ahí para referirse a los prodigios se han ido también los héroes.

No es, pues, la previsión del destino lo que hace a Andrée titubear la medianoche del 11 de julio. Su mentalidad científica está modelada sobre un material distinto al de los sueños y las ensoñaciones. Quiere el soporte firme de las ecuaciones y de los cálculos. De la ponderación de las posibilidades. La matemática firme de las opciones y los resultados. ¿Duda entonces porque no ha llegado a una conclusión definitiva? ¿Duda tal vez porque el cálculo es imposible? ¿Porque las ecuaciones no dejan de ser símbolos y no las comprende?

## 2

Volvamos al hangar la noche del 10 de julio de 1897. Andrée mira al *Örnen* que, inmenso e imponente, no toca la tierra. Está amarrado por anclas para evitar su partida imprevista. La imagen es a la vez sutil y poderosa. La grácil suspensión del globo contrasta con la fuerza de la tensión de cuerdas y amarras que lo retienen. La impresión es que se necesita toda la fuerza humana para contener la ligereza del aire. En una foto tomada instantes previos al inicio del viaje, se ve a los hombres esforzarse por mantener al *Örnen* próximo al suelo.

Es ésta la imagen que tiene Andrée frente a sí, mientras calcula la bondad implícita en los actos que han hecho posible que ese globo levite en el acantilado de una lejana isla del norte. Y medita, sin llegar a conclusión alguna, acerca del bien que puede reportar ese acto prolongado y razonablemente imprevisible de intentar volar sobre el Polo Norte.

La primera dificultad en el camino para establecer un probable curso de acción que dé un resultado total mejor que otro radica en el hecho de que tenemos que tomar en cuenta los efectos de ambos en un futuro infinito... Es muy cierto que nuestro conocimiento causal es finalmente insuficiente para decirnos cuáles de los diferentes efectos resultarán de dos diferentes acciones, excepto para un corto periodo de tiempo; podemos ciertamente pretender calcular solamente los efectos de las acciones dentro de aquello que llamamos futuro "inmediato". Ninguno, cuando procede considerando racionalmente los efectos, puede guiar su elección yendo más allá de un par de centurias cuando mucho; en general, consideramos que hemos actuado racionalmente si pensamos que hemos asegurado un balance de bondad para los próximos años, meses o días.

G. E. Moore escribe esto en sus *Principia ethica* en 1903, seis años después de la partida del *Örnen*. Aun así expresa una manera de meditar sobre el bien, que es afín a quienes como Andrée han llegado a convencerse que con los cálculos se puede prevenir el éxito y transformar el mundo. Una revolución en las máquinas y en el uso de nuevas tecnologías los han vuelto optimistas y seguros de sí mismos.

En el fondo, la idea es simple: los actos son entidades atómicas perfectamente definidas, que pueden tomarse como punto de partida de una secuencia causal. Tales actos funcionan como la traducción perfecta, al ámbito de la meditación moral, del mecanismo de la reflexión científica: si podemos anticipar las consecuencias podemos anticipar la bondad. Es, pues, una ética del cálculo y la previsión, de la proyección finita de las consecuencias de los actos para su valoración puntual y razonable en términos de la información disponible y distancia temporal que se alcanza anticipando las consecuencias.

Moore no da muchos ejemplos de cómo debe hacerse el cálculo. En apariencia, la anticipación de las consecuencias bondadosas es relativamente sencilla y evidente para él. Por eso quizá no hay la definición de un territorio o de una mecánica que regule el cálculo de la bondad. Fiel a un sentido común que a veces abisma, asume que los límites y el modo de este cálculo están de algún modo definidos por la naturaleza de nuestra constitución y la forma de nuestra razón.

Pero a pesar de todos estos límites razonables, los cálculos sobre la bondad de una acción pueden prolongarse más de lo esperado, por no decir que indefinidamente. Su solución última, si es que realmente se alcanza con la

convicción suficiente para ser tomada como tal, puede sorprendernos en cualquier momento. Se da el caso, por ejemplo, de que valorando pros y contras no se haya llegado a una decisión cuando alguien pregunta si es el momento de partir porque el tiempo es favorable.

Pero el 12 de julio, abordó del *Örnen*, Andrée parece tener al fin un balance final: aquel que se le ha negado la noche previa. El momento en que parece comprender la bondad de su propia empresa es peculiar. Ocurre después de un día extraordinariamente complicado en el momento en que, quizás, ha alcanzado a ver su fracaso.

El 12, Andrée toma el mando del *Örnen* a las 2:00 de la mañana, al tiempo que Nils y Knut bajan a dormir al diminuto espacio al que se accede por una trampilla en el suelo de la canasta y que está dispuesto para ello. Bajo el globo sólo hay hielo y nieve, una superficie continua de color amarillento que cubre casi todo el horizonte.

Las primeras horas parecen ser tranquilas. Andrée contempla el vuelo de algunas aves y mira el hielo en busca de osos y morsas. En su diario anota los avistamientos de animales. Entre las 6 y las 7, el globo deja de avanzar, pero se mantiene a flote. A las 7:30 Nils y Knut han despertado y comparten un café y el desayuno con su capitán. Es la segunda comida que hacen desde la partida. A las 11 dejan ir una nueva paloma con un mensaje. Es la segunda. Pero sólo la tercera, enviada al día siguiente, llegará a su destino: "Julio 13, 12:30 mediodía. Lat. 82° 2' Long. 15° 5'. Buena velocidad hacia el E. 10° S. Todo bien a bordo. Éste es el tercer mensaje con una paloma. Andrée."

Con ellas buscan comunicar al mundo su aventura, cuyo optimismo no coincide del todo con lo que ocurre a bordo. El 12 el día ha amanecido con niebla y el globo, en consecuencia, comienza a perder altura. A partir de las diez de la mañana, la canastilla toca la superficie del mar cada 50 metros. A partir de las tres Andrée, Nils y Knut comienzan a arrojar peso para tratar de ganar altura. No lo consiguen. La niebla es densa. Para las cinco han arrojado la boya que pensaban dejar a su paso por el centro del Polo Norte. Las condiciones de vuelo son difíciles y agotadoras. A toda costa intentan mantener el globo a flote y lo consiguen precariamente, porque hacia la tarde el clima se ha vuelto más favorable. Agotado, Andrée manda a dormir a Strindberg y Fraenkel a pesar de que será difícil que lo hagan por los gol-

pes incesantes del globo contra el agua. Su esperanza es que por la mañana del día 13 pueda él ir a descansar. Así, solo en la canastilla, abatido por la aplastante superioridad de las dificultades frente a su esfuerzo, completamente exhausto, y en medio de los continuos sobresaltos por el choque de la canastilla contra el agua, Andrée plasma en su diario la conclusión que antes se le había negado:

12 de julio

No es un poco extraño estar flotado aquí dentro de un globo. Qué tan pronto, me pregunto, tendremos sucesores. ¿Nos tomarán por locos o nuestro ejemplo será seguido? No puedo negar que cada uno de nosotros tres está dominado por un sentimiento de orgullo. Pensamos que podemos encarar la muerte habiendo hecho lo que hemos hecho. No es todo eso, quizá, la expresión de un extremo sentido de la individualidad que conduce a pensar en no vivir o morir como un cualquiera. ¿No es esto ambición?

Sorprende la calidad de la caligrafía. Es impecable. No se ve reflejada en ella el efecto de los golpes de la canasta contra el agua. Su sobriedad proporciona una sensación de solidez que de inmediato uno atribuye a las convicciones. Si la mano no tiembla es porque la gobierna una voluntad firme y serena.

En parte porque todos estos atributos de la escritura así parecen indicarlo, en parte por que Andrée no volverá sobre este tema en sus siguientes notas, podemos tomar esta conclusión como definitiva. Es el recuento final que le da plena racionalidad a la empresa y reconoce en ella una bondad intrínseca que descarga de toda culpa a la conciencia.

De este modo el balance exigido por Moore finalmente es concluido; pero no así la comprensión de la osadía del viaje. Contrario a su costumbre, Andrée atribuye a la tripulación del *Örnen* un sentimiento: el del orgullo, que no tarda en asociar con la ambición. Dos maldiciones que han acompañado al hombre de ciencia y al filósofo, al menos desde el Renacimiento. La ambición y el orgullo son los componentes esenciales de la soberbia, el pecado por el que es condenado Fausto.

Santo Tomás, en la cuestión 163 sobre el pecado del primer hombre (*Suma teológica*, II-II), dice que "el primer desorden del apetito humano no pudo consistir en apetecer un bien sensible, al cual la concupiscencia de la

carne tiende sin obedecer el orden de la razón". De modo que, en consecuencia, este ha de consistir "en apetecer, de un modo desordenado, algún bien espiritual". Y al responder a la pregunta sobre cuál es la medida respecto a la cual ese apetito resulta desordenado, concluye que el pecado del primer hombre es que "buscó un bien espiritual por encima de su medida", y remata con la autoridad que le caracteriza: "lo que es propio de la soberbia".

Como Adán, como Fausto, los que viajan a bordo del *Örnen*, pretenden un bien espiritual que está por encima de su medida. Ellos se equivocan al permitir que su deseo quiera algo que no está a su alcance: diferenciarse de los demás en la muerte. Morir, sí, pero no como cualquiera. Se entiende que Andrée no se refiere sólo a que su muerte ocurra en circunstancias excepcionales, sino a que los hechos de su vida permanezcan en la memoria y el recuerdo de los hombres. "¿Tendremos seguidores?", escribe. "¿No es esto ambición?", pregunta. Y esta sola reflexión final nos hace interrogarnos hasta qué punto él es consciente de que, en el mismo instante en que ha resuelto la racionalidad de su decisión, atisba la desmesura de su deseo.

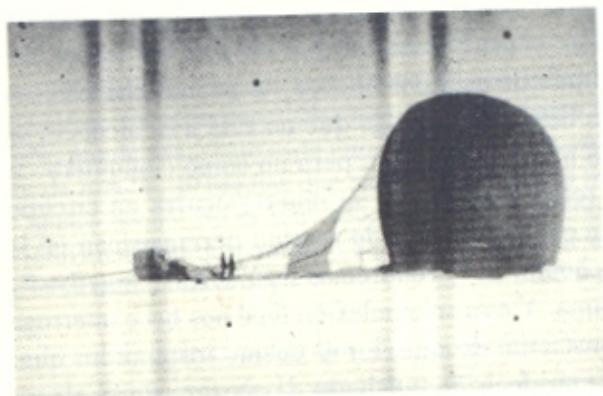
3

El 14 de julio el *Örnen* toca tierra. Lo hace suavemente, como si fuera el destino preciso y la ocasión misma en que debiera hacerlo. A las 8:11 PM de ese día los tripulantes saltan fuera del globo. En realidad, en los cuatro días pasados en él no han llegado muy lejos. Las coordenadas de su aterrizaje, 82° 56' N y 29° 52' E, son distantes de los 86° alcanzados antes que ellos por los exploradores noruegos Fridtjof Nansen y Fredrik Hjalmar Johansen, y el italiano Umberto Cagni. Aun así, han llegado muy lejos y el camino de vuelta es ahora un problema.

El *Örnen* se ha posado en una zona cuyo perfil se modifica cada hora del día. A diferencia del Polo sur, el del Norte no es un continente, sino un enorme océano congelado. Ahí el hielo no permanece nunca quieto. Las corrientes marinas fracturan y desplazan continuamente los grandes bloques de hielo. Los transforma en islas dentro de un archipiélago muy vasto, y luego en trampas de las que se vuelve imposible escapar.

Andrée, Fraenkel y Strindberg, han llegado ahí para, en realidad, comen-

zar su travesía. Strindberg, sin dudar, ha comenzado a retratarlo. Sus imágenes nos dejan ver un territorio y un mundo que parece como suspendido: sin líneas ni formas en el fondo. La blancura del Polo hace que los accidentes de la topografía queden borrados y ellos sean las únicas figuras en esas ausencias.



En una imagen, tomada a cierta distancia del *Örnen* tras el aterrizaje, se aprecian las diminutas figuras de Andrée y Fraenkel mirando el majestuoso volumen del globo. La composición acentúa y dramatiza la desproporción entre la nave y sus tripulantes. Pero, al mismo tiempo, subraya el contraste de los hombres erguidos frente a su aletargada caída.

La imagen tiene algo de irreal. Los hombres y el globo son lo único que hay dentro del marco de la fotografía. Si somos capaces de detectar el punto de apoyo, es porque la línea vertical del globo nos permite saber en qué lugar se ubica el horizonte.

Si la blancura es imagen de la pureza, a bordo del *Örnen* ellos han llegado ahí, donde nada puede enturbiar la conciencia. Un espacio en donde no hay lugar para el pasado o el futuro y en donde rige, circundada por la claridad deslumbrante del hielo y de la nieve, la absoluta preeminencia del presente.

Es en ese presente continuo, que ha pasado a ocupar toda la escena, donde al fin descubrimos que la conducta no es una sucesión de actos atómicos, singulares y discernibles, sino un caudal continuo que se somete a esta

o aquella forma, que se conduce según este o aquel modo, que a veces se detiene o se desborda, o se vacía ya sea por carencia o por exceso. El Polo se transfigura así en la metáfora perfecta de esa fuerza, socavando poco a poco la posibilidad de distinguir un acto del otro. Cada día, después del 14 de julio, Andrée, Fraenkel y Strindberg van, pero sus pasos no reportan ningún avance. Marchan, pero al registro de su andar no acude ninguna diferencia. Están todo el tiempo tan lejos y tan cerca de su meta como desde un principio. Las notas en sus diarios se vuelven reiterativas. Un día sí y otro no, cazan un oso, ven un ave, se lavan, se sienten exhaustos, son disminuidos por la diarrea, pasan de un bloque de hielo a otro, suben y bajan de la embarcación que han llevado, sacan fotos. Y cada día es, de algún modo, un retrato del anterior o del que sigue. Pero si los actos van perdiendo singularidad, se van haciendo continuos y semejantes, en cambio el comportamiento va emergiendo como una unidad más fuerte, más duradera, incluso más nítida y discernible.

Ellos no están ahí como consecuencia de una decisión tomada, de una elección específica relativa a un acto particular, concreto. No están ahí como efecto de una causa claramente identificable. No es resultado de emprender el viaje en un día en especial. No lo es, tampoco, de la meditación detenida sobre la bondad de una empresa... Si están ahí es por la forma en que han gobernado su conducta. La dirección que le han dado al impulso, la fuerza de la que están constituidos todos los actos. No es justo, pues, aquel que ejecuta un acto de justicia sino quien se conduce justamente. El que se ha dado la forma del justo y es y vive y actúa como un hombre justo.

En el hielo vemos a Andrée, Fraenkel y Strindberg esforzarse, superar, una y otra vez, las adversidades que permanecen idénticas, inmutables, un día tras otro. Las fotos que conservamos nos dejan ver la dimensión extraordinaria de minúsculas hazañas: son los actos rutinarios de supervivencia: cazar, comer, dormir, andar, que en las extremidades del Polo Norte van convirtiéndose en tareas titánicas. ¿Qué clase de conducta es la suya? ¿Cómo es que gobiernan esa fuerza, que es la propia vida?

Desde la última entrada en mi diario, mucho ha cambiado, en verdad. Continuamos yendo hacia adelante con los trineos de manera ordinaria, pero encontramos al final que dado el carácter de la nieve que recientemente está cayendo, no nos permite hacer rápido un progreso suficiente. El pie de Fraenkel, que no

le permite jalar, nos obliga a Strindberg y a mí a ir atrás por turnos y a jalar el trineo de Fraenkel también. Uno de los pies de Strindberg está también un tanto inutilizado. Nuestra comida está casi a punto de terminarse, y el cruce entre bloques de hielo es cada vez más difícil por el hielo blando. Pero, sobre todo, encontramos que éste y el viento irremediamente nos conducen hacia abajo, entre las mandíbulas de la tierra del noreste y la tierra de Franz Joseph, y no tenemos la menor perspectiva de alcanzar la tierra del noreste. Fue durante el 12 y el 13 de septiembre que fuimos obligados a estar acostados por culpa de un violento viento del noreste, hasta que descubrimos la necesidad de resignarnos ante lo inevitable: invernar en el hielo.

Si uno mira con cierta cautela, podrá ver ahí la desproporción, la naturaleza deforme de su conducta. Cuando lo nimio se vuelve extraordinario, lo que alguna vez pudo ser valentía se convierte en temeridad. Ésta, dice Aristóteles, no deja de parecerse al valor; pero su parecido no modifica el hecho de que es su exceso. Y es que desde un principio Andrée y sus hombres perdieron el punto exacto en que la medida da lugar al exceso, y la aventura a la extinción.

## 4

*Relato del Dr. Gunnar Horn  
Expedición Bratvaag  
Agosto 3 de 1928*

El campo estaba en el lado noreste de la colina rocosa... Sobre la nieve, y a algunos metros de la roca, estaba el bote con la parte este enterrada dentro de la nieve. Estaba lleno de todos los artículos pertenecientes al equipo de la expedición, y era evidente que los osos habían esparcido su contenido en los alrededores.

Al final del bote, cerca del mar, había un grupo de libros. Pudimos ver tablas náuticas y trigonométricas, el trabajo de un científico sueco, y mucho más que no abrimos, sin embargo, por miedo a que se dañaran de alguna manera. Entre el resto de los objetos descubrimos dos pistolas, cuerda, una caja de herramientas con algo de material, artículos de vestir y un teodolito. Además, había un arpón, martillos, archivos, un ancla de cobre y los huesos de un oso polar.

A unos 35 metros, y en la roca desnuda, estaba el cuerpo encontrado por Eliassen. Estaba congelado y las piernas descansaban en perfecta posición natural. Los pies calzaban botas laponas y éstas estaban parcialmente cubiertas por la nieve. En la parte superior de la cintura, los huesos sobresalían de entre la ropa que, rasgada, estaba regada sobre el suelo. Como no había sobrado mucho de esa parte del cuerpo y como la cabeza no estaba a la vista, era claro que los osos habían estado ahí destruyendo y consumiendo lo que quisieron. Abrimos la chamarra cuidadosamente y miramos dentro: en la parte de atrás de la solapa estaba cocido un largo monograma con la letra A, de donde sacamos la conclusión de que se trataba del cuerpo de Andrée. En el bolsillo interior derecho encontramos un diario, en el cual, como pudimos ver, sólo un par de páginas había sido escrito. En el mismo bolsillo había un lápiz y un podómetro.

A unas 38 yardas al norte del campamento, Skjelten encontró una tumba entre dos rocas. Primero vio un esqueleto blanquecino sonriendo siniestramente entre las rocas, a cuatro metros de la tumba. Era la típica tumba ártica. El cuerpo había sido colocado sobre el suelo y luego cubierto con piedras. En los pies, botas laponas sobresalían fuera del montículo de piedras y, más arriba, el hombro derecho era visible. Entre las rocas fue encontrado un hombro cortado. Era evidente que los osos también habían estado ahí.